

Duelo y causalidad

Bereavement and causality

Luto e causalidade

Alfonso Miguel García Hernández

*Licenciado en enfermería. Doctor en Antropología Social y Cultural por la Universidad de La Laguna.
Profesor Titular de Enfermería. Universidad de La Laguna (España).*

Cómo citar este artículo en edición digital: García-Hernández, A.M. (2017). Duelo y causalidad. Cultura de los Cuidados (Edición digital), 21(49). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2017.49.06>

Correspondencia: Calle Montaña Imada 27. 38320. La Laguna. Tenerife. España. Tel: (+34 692622512).

Correo electrónico: almigar@ull.edu.es

Recibido: 18/01/2017; Aceptado: 10/04/2017



ABSTRACT

The present article investigates into the world of those who live a process of bereavement and how beliefs, chance, and nature interweave to form a network of meanings that adds humanity to the process of living. The paper addresses the reconstruction of meanings in bereavement and in understanding the process. The reconstruction of meanings allows the mourners to remake a new changing world that has led to the loss. We, therefore, seek to understand what happens when a series of events reveal the adaptive meaning of new beliefs and the self-understanding of the loss, providing faithful explanations narrated by those who have lived it.

Many events are part of stories of parents who lost children, and some events by themselves are considered extraordinary, giving sense to the characters, the story, and the consequences in a different and special way. We

call these events “coincidences,” which have an effect and power, and transcend the meanings of what has been, surpassing the emotional or intellectual by the confluence of events and meaning, that of Carl G. Jung called “Synchronicity”.

Key words: Bereavement, phenomenology, causality.

RESUMEN

El presente artículo profundiza en el mundo de quienes viven un proceso de duelo y de cómo las creencias, el azar y la naturaleza se entretajan para conformar una red de significados que suma humanidad al proceso de vivir. Abordamos la reconstrucción de los significados en el duelo y en el entendimiento de dicho proceso. La reconstrucción de los significados ayuda a los dolientes a rehacer un mundo nuevo que ha propiciado la pérdida. Buscamos pues, comprender lo que sucede cuando una serie de acontecimientos desvelan el significado adaptativo de las nuevas creencias y la comprensión de la pérdida, proporcionando explicaciones que sean fieles a lo narrado por quienes lo vivieron.

Muchos acontecimientos forman parte de historias de padres que perdieron hijos, y algunos sucesos por sí mismos tienen consideración de extraordinarios y dan un sentido o

significado a los personajes, al relato y al desenlace de modo diferente y especial. A dichos acontecimientos los denominamos “coincidencias”, que obran un efecto y poder en nosotros y que trascienden los significados de lo que ha acontecido, superando lo emocional o intelectual por la confluencia de sucesos y el significado, y a lo que Carl G. Jung denominó “sincronicidad”.

Palabras clave: Duelo, fenomenología, causalidad.

RESUMO

Este artigo investiga o mundo daqueles que vivem um processo de luto e como as crenças, o acaso ea natureza se entrelaçam para formar uma rede de significados que acrescenta a humanidade ao processo de viver. Abordar a reconstrução de significados na partida e na compreensão desse processo. A reconstrução de significados ajuda quem perdeu alguém para reconstruir um novo mundo criado a partir de perda. Procuramos, portanto, para entender o que acontece quando uma série de eventos revelam o significado adaptativo de novas crenças e compreensão da perda, forneceu explicações que são fiéis ao narrado por aqueles que viveram.

Muitos eventos são parte de histórias de pais que perderam seus filhos, e alguns eventos próprios considerada extraordinária e dar um sentido ou significado para os personagens, a história e o resultado de maneira diferente e especial. Nestes eventos que chamamos de “coincidências” que agem um efeito e poder em nós e que transcendem os significados do que aconteceu, superando emocional ou intelectual pela confluência de eventos e significado, e que Jung chamou Carl G. “sincronicidade”.

Palavras chave: Luto, fenomenologia, causalidade.

De los muchos desafíos que nos plantea la vida en este mundo, la muerte de los seres queridos es quizá un elemento universal y trascendente. Todos sin excepción, a no ser que muramos jóvenes, perdemos a alguien que queremos mucho y viviremos esta experiencia.

Pero la muerte nos viene de modo desigual, como las vidas, la muerte planea en tiempos y espacios distintos a todos: hijos, hermanos, padres y madres, abuelos y abuelas. Y nos trae historias cargadas de significados que trascienden, en ocasiones, más allá de la realidad objetiva y nos aportan un mundo, en ocasiones mágico, de símbolos y nuevos significados. En el presente artículo abordamos cómo de manera excepcional la “sincronicidad” es vivida por quienes viven un duelo y cómo constituye un patrón determinado en ellos con un significado o valor rememorativo y existencial para la persona que lo experimenta.

Exploramos la idea de la sincronicidad con la fenomenología como base y los relatos de quienes han perdido seres queridos, acercándonos a cómo estos fenómenos que acontecen a lo largo de su proceso de duelo contribuyen a construir un proceso de significados saludables en pro de una comprensión del morir y la muerte de sus seres queridos, abriéndoles un futuro cargado de sentido y posibilidades. Nos acercamos para ello a algunos fragmentos narrativos que funcionan como pruebas de algún principio universal más profundo de orden oculto. Mientras enfocamos este nuevo principio de la naturaleza, nos aproximamos brevemente a la naturaleza de las sincronicidades que caracterizamos como sucesos únicos, significativos y acausales que implican alguna forma de patrón. Sin embargo, somos conscientes de las limitaciones de nuestra visión actual del mundo con sus ideas de causalidad, la flecha del tiempo, la objetividad, la separaci-

ón de la mente y la materia y el énfasis puesto en la reproductibilidad más que en los sucesos individuales y singulares (Peat, 2007: 26).

En ocasiones acontecen estos actos justo con el momento de la muerte del ser querido, en cuanto los familiares cercanos tienen la posibilidad de agradecer y comenzar a dar sentido a las vidas que compartieron con su ser querido, como en el siguiente fragmento en el que Ini lo hace en el funeral de su hijo mayor, Justo José, a los asistentes:

“Queremos agradecer de todo corazón las enormes muestras de cariño recibido estos días, en los que la muerte de nuestro hijo mayor Justo José nos ha quebrado la vida de un día para otro.

Dios nos envió un ángel un 29 de abril y lo criamos con todo el amor del mundo y lo educamos con buenos principios. Siempre ha sido un gran orgullo para nosotros su forma de ser, que muchas veces nos hacía pensar lo extraordinario que era: cariñoso, atento, respetuoso, humilde, sincero, un estudiante excelente, una fuente inmensa de cariño para todos, sus amigos, sus familiares y en especial para sus abuelos.

Estamos convencidos de que Dios nos lo ha quitado ahora de nuestras manos para desempeñar tareas en el cielo que escapan de nuestra comprensión.

Nuestro hijo Justo José siempre estará en nuestras vidas y en nuestros corazones de una forma vital y serena y será la estrella que guíe nuestros pasos por la tierra, nuestro ángel de la guarda.

Pedimos a Dios que nos de la fortaleza necesaria para poder soportar esta difícil prueba y nos ayude a seguir luchando por los dos hijos que nos quedan.

Reiteramos nuestro agradecimiento por todo el afecto recibido de tanta gente buena y de buen corazón que nos rodea.”

Las formaciones discursivas de quienes perdieron seres queridos que nos narran hechos que les sucedieron nos aproximan a la manera en que los dolientes conforman un mundo de objetos, de acontecimientos, de enunciaciones, de conceptos, de elecciones teóricas nuevas de las que surgen sus discursos cargados de nuevos significados, mediante textos organizados que producen transformaciones en quienes los narran y los viven, y les sitúan en un lugar de “para siempre” al igual que a sus seres queridos fallecidos, pues dichos acontecimientos ha producido una transformación general de las relaciones, aunque no se alteran los elementos. De modo que los enunciados obedecen a nuevas reglas de formación que describen y analizan unos fenómenos de continuidad, de retorno y de repetición (Field, Gao y Paderna, 2005; García, 2008).

Lourdes tras el fallecimiento de su hija, a las pocas semanas nos cuenta al respecto de la experiencia de esparcir sus cenizas:

“Fue una experiencia tan increíble, que yo pienso: será una paranoia. Los abuelos habían dicho que sentían por la noche que esas cenizas tenían que irse. Que Gara decía “sácame de aquí que estoy asfixiada”. Gara era claustrofóbica. El jueves en la noche lo hablamos, y le dije a mi hermana, antes de ir a trabajar pasa por aquí y me traes las cenizas.

Nos metimos en un monte muy cerrado y estaba saliendo el sol, y por donde marcaba la estela la salida del sol, las tiramos y se fueron volando. No sé si era una ilusión óptica pero las cenizas subían. Dentro de la tragedia fue tan bonito ver eso. Como una silueta. Fue tan bonito ver eso. Fue algo místico. Fue lindo...

¿Cómo sabemos el sitio donde las soltamos? Mira donde estamos parados, hay dos árboles juntos, uno grande y otro chiquito, es aquí don-



de está [Y también a los pies de los árboles enterraron la urna]” (Lourdes, 2009).

La historia narrada parece ser más una realidad del corazón de los dolientes que el lugar en el que nos ha tocado vivir, pues se interioriza cargada de sentidos de trascendencia. Parece una historia inventada que sólo pudiera ocurrir en las películas, con una naturaleza acompasada con la ocasión y en perfecta armonía con los significados que aporta y sus causalidades significativas que aportan los árboles más allá de un suceso fortuito. Lo cierto es que estas situaciones ocurren como veremos muchas más a lo largo del presente artículo.

“La mala suerte”, ¿el que mueran seres queridos dificulta ver en los actos de sincronicidad elementos positivos?

Es probable que el paso del tiempo nos haga encontrar sentido y comprensión a acontecimientos relacionados con la muerte de nuestros seres queridos que incluyen actos de sincronicidad. Razón por la cual la mayoría de los acontecimientos relatados tienen que ver con la continuidad de vínculos con el ser querido fallecido que nos acercan mensajes que buscan dar sentido a la relación con él y seguir en conexión. Tras acontecimientos de aparente “mala suerte” como es la muerte de un ser querido podemos creer que resulta difícil

encontrar en los hechos significados positivos, aunque los tengan, y ellos nos hacen conscientes de que nuestra vida es una historia.

De hecho, si entendemos nuestras vidas como una historia, a través de los significados que puedan tener para nosotros los sucesos fortuitos, que configuran nuestras vidas, que nos hacen reconsiderar además en nosotros el significado de “éxito” y de “fracaso”, pues las definiciones de dichos términos varían si consideramos la posibilidad de que no exista la casualidad.

Al abrirnos al mundo de madres y padres que perdieron hijos y las historias de sus hijos fallecidos llenas de significados que parecen traídos por la fuerza del universo, difícilmente podemos achacarlas a casualidades y supongo que tampoco queremos hacerlo (García, 2007, 2008, 2010, 2011, 2012, 2013).

El tema de relativizar el éxito y el fracaso es tan interesante como el entendimiento de la naturaleza no causal de la sincronicidad, pues ambas cuestiones están relacionadas con el papel de la vanidad en nuestras vidas. Algo que realmente quienes han perdido aprenden, pues ello amplía su visión de ellos y del mundo y que incluso puede crecer y ampliarse más si realizado su proceso de duelo, lo “malo” adquiere un significado totalmente distinto.

Los elementos sincrónicos pueden ser elementos transformadores o, por el contrario, oportunidades desaprovechadas: “los acontecimientos de hoy pueden tener un sentido muy distinto cuando se desarrolle toda la historia” que en el caso que nos trae son historias de amor.

Los acontecimientos sincrónicos lo que si hacen bien es que “relativizan nuestro ego”, y de hecho la muerte de nuestros seres queridos sumada a su memoria, nos coloca en una posición en que no somos los dueños del mundo

y nos permiten ver las cosas desde una perspectiva más amplia. Nos hace capaces de sacar la cabeza de la tormenta y verla desde arriba, nos induce a cambiar de perspectiva y al mirar hacia atrás nos permite comprender lo que vivimos como una derrota, como lo más difícil y duro de nuestras vidas o como una oportunidad. Pero nunca se sabe si este camino, por venir, será entendido por nuestra limitada capacidad de nuestra consciencia. Y si queriendo ayudar a alguien lo estamos perjudicando o si podría tener incluso consecuencias que no hemos calculado, por lo que nos preguntemos:

¿Qué actitud hemos de tener con los fenómenos sincrónicos? La actitud de -nunca se sabe- parece ser la más correcta, cuando nos encontramos frente a estas historias que nos acerca al presente artículo.

En muchos casos, el cambio que nos impulsa a realizar un suceso sincrónico es de naturaleza externa, el cual funciona uniendo aspectos materiales con otros inmateriales y nos enseña que nuestro motor vital no es siempre el crecimiento, sino que aspectos tales influyen en el amor, las aspiraciones espirituales, etc.

Las sincronicidades a las que nos acercamos, nos envían mensajes que pueden aliviarnos, alentarnos e incluso servir de inspiración para mejorar creativamente en nuestras vidas, en nuestros planes de futuro, y dar entrada al azar en nuestras historias.

También podemos ver como el cambio externo de nuestras vidas, provoca en nuestras mentes una transformación subjetiva no sólo de la mente y del corazón, sino también de los sentimientos y, sin lugar a dudas, de los ideales en las que la pérdida tiene un capítulo importante en nuestra historia vital que hace de nexo a modo de equilibrio entre los aspectos materiales y espirituales de nuestro ser, pues nos hace conscientes de quienes somos y de lo

que es realmente importante. Nos ayudan en la construcción de nuestra memoria autobiográfica, que nos hace protagonistas y capaces de rememorar episodios pasados de nuestra vida, que construimos con tanta riqueza de detalles y de precisión cual relojeros de la vida. Construimos los relatos que hemos decidido evocar.

Cuando compartimos conversación y recuerdos con quienes perdieron seres queridos, tenemos la certeza de que deben ser entendidos como si se tratase de una arquitectura nueva resultado del encuentro, y de que lo que aconteció en la vida narrada debe ser modificado, desde el entendimiento semántico de lo narrado, en ocasiones, y desde el significado dado al mismo en otras. Nos da la sensación de que lo construido por quien nos acompaña, intenta “*curar su memoria*”, esta anamnesis o historia del pasado construye la prognosis o historia del futuro, en no pocas ocasiones, reúne características más propias de los conocimientos. Me atrevo al decir que muchos de quienes pierden seres queridos, y en particular los padres, convierten su vida en una “*profesión*” en el sentido de profesar, es decir, hacen la declaración, creencia o incluso dotan de valor el organizar y dedicar su vida a estar en consonancia con un sistema de valores, con votos hacia su hijo. Una vocación hacia la que se sienten llamados por algo o alguien, que trasciende los propios gustos o intereses personales.

Las sincronicidades toman la forma de patrones que surgen casualmente de un fundamento general casual y contingente y poseen un profundo significado para la persona que las experimenta. Estas coincidencias, como veremos, ocurren a menudo en momentos críticos de la vida de una persona tras el fallecimiento de un ser querido y se podría interpretar que contienen las semillas del crecimiento futuro. Por lo

tanto, se podría decir que las sincronicidades implican un desplegamiento significativo de la potencialidad de quienes las viven.

Rafael y Judit que perdieron su hija a las veintiún horas de su nacimiento, así lo expresan y nos lo transmiten mediante el siguiente texto. Lo que vieron y vivieron como elementos de significado que les transmitió el entorno y la naturaleza a él y a su esposa tras la muerte de su hija y que les hace sentir que está con ellos en todo momento.

“Después del fallecimiento han ocurrido cosas que al principio creíamos que estaban en nuestra imaginación o simplemente nuestra mente se afanaba en verlas, pero después de analizarlo creímos que no puede haber tantas coincidencias y que verdaderamente son señales para indicarnos que nuestra hija está bien y sigue con nosotros”.

Estas señales son las siguientes:

“A los pocos minutos de morir nuestra hija, en un día nublado, un haz de luz del amanecer entró por la ventana de la habitación de mi mujer y la forma de la persiana hizo que esa luz subiera lentamente. Al subir totalmente la persiana para mirar, estaba totalmente nublado y no se podía colar ni un rayo de luz. Señal que intuimos que nuestra hija estaba en el cielo ya que los dos somos creyentes cristianos”.

Después de enterrar a nuestra hija fui a ver a mi mujer al hospital y me quedé dormido en el sofá de la habitación y la luz solar entró por la ventana y me iluminó la cara. Yo movía la cabeza, pero la luz me perseguía y no dejaba de iluminarme la cara, independientemente de que estuviera sentado o tumbado y situándose siempre la luz en la misma zona de la cara y con la misma forma.

Al dejar el hospital, una vez llegado a la casa de los padres de mi mujer, en un edificio cer-

cano, en el que nunca habían escrito nada, encontramos una pintada en la fachada que ponía “Lo mejor siempre estuvo por llegar”.

Al llevar a mi mujer por primera vez al cementerio y ante sus dolores después de la operación de cesárea a la que fue sometida decidí llevarla por otro camino ya que el camino que conocía tenía muchos badenes lo que le provocaba dolor. Nos sorprendió ver que el nuevo camino por la que la llevaba se llamaba “San Francisco de Paula” ya que nuestra hija se llama Paula.

Al ir a arreglar los papeles de maternidad en la seguridad social, tenía cita a primera hora, una vez que me senté en la sala me di cuenta que me faltaba por hacer unas fotocopias de unos documentos, por lo cual salí a hacerlos y al volver un chico que estaba sentado y del que me sonaba la cara, me dijo si me llamaba Rafael, a lo que respondí que sí y me dijo que ya me habían llamado y empezamos a hablar. Resulto ser el hermano de un amigo mío del colegio que trabajaba en Francia y que estaba allí para hacer una gestión de una baja que tenía, me comento que a él y su mujer les paso lo mismo que a nosotros con su primer hijo y que ya tenían dos, lo cual me tranquilizó muchísimo y me dio muchos ánimos.

El texto muestra claramente como los sucesos “mágicos” se consideran dependientes de los sentimientos. El impacto emocional ocasionado por los sucesos externos confirma o transforma la propia vida interior de los protagonistas. Además de que no se dejan sorprender por los detalles en sí, sino más bien por lo que consideran como parte de un todo.

Una vez en casa y ante un momento de tristeza y melancolía en el que estábamos, mientras estábamos mandando mensajes de agradecimiento, sobre el suelo se proyectó una luz solar en forma de ovalo que entraba por la ventana de

la cocina. Miramos y la cortina de la cocina estaba cerrada, aunque el haz de luz entraba por una esquina la cual la cortina no tapaba. La verdad es que nos quedamos sorprendidos a la vez que nos dio una tranquilidad muy grande.

Una vez que estábamos recogiendo la ropa de la niña encontramos un regalo que nos habían traído para ella este verano desde Italia y nos habían entregado meses antes de su nacimiento. Se trataba de un jabón de olor con un llamador de ángeles metálico y un texto sobre los ángeles custodios con un dibujo de una niña angelito. Nuestra hija nació, como su abuelo materno, el día 2 de octubre, día de los “ángeles custodios”. Todo parecía indicarnos que estaba predestinada a nacer ese día y ser nuestro angelito de la guarda.”

La Sincronicidad, irrumpe en las vidas de las personas que son protagonistas de las historias que contamos y nos muestran a nosotros y a ellos coincidencias totalmente encajadas y adaptadas a nuestro entorno, quizás algunas nos parezcan insólitas, pero todas y cada una de ellas tiene una carga de significado especial. Por ejemplo, cuando Rafael se encuentra con el hermano de un amigo con el que habla cuestiones que le rondaban su mente silenciosa e incluso este le da soluciones y respuestas de futuro, sin saberlo él que le tranquilizan.

En todos los casos, parece haber un conocimiento de la situación a priori, causalmente inexplicable, que no es cognoscible en el momento preciso. La sincronicidad, por tanto, se compone de dos factores: a. Una imagen inconsciente entra dentro de la consciencia, ya sea de forma directa o indirecta (simbólica o sugerida) a modo de sueño, idea o premonición y b. Se da una situación objetiva que coincide con este contenido.

A primera vista parece obra de la casualidad, pero si lo examinamos con detenimiento

vemos como la situación parece conformar un plan mucho más importante, porque tras esto, existe una cadena de acontecimientos que ni siquiera podemos imaginar. Entonces aquello que nos parecía extravagante, o absurdo - como una solución a nuestro problema, como una sorpresa- adquiere un tono especial o por lo menos nos hace pensar, despertando en nosotros una curiosidad que nos lleva a preguntarnos por qué suceden estas cosas. De modo que este acto sincrónico nos lleva a encontrar de repente la respuesta a algo que buscábamos.

Surgen estructuras en un punto crítico, una unión clara e inseparable en la que, al principio, su potencial es embrionario y después florece en una forma viva que crece e incluso trasciende. No se necesita ningún plan o constructor externo para estos patrones, dado que son expresiones de su propio significado mientras surgen del caos que los rodea.

Chari, quien perdió a su primer hijo Airam al nacer, nos cuenta la siguiente historia que le sucedió a su cuñada mientras cuidaba a su segundo hijo Abián:

“Es una mañana de lluvia y de cielo gris, en la que se declara situación de alerta por lluvia en toda la isla de Tenerife... y donde trascurren las horas entre truenos y relámpagos.

Mi cuñada y Abián están solos en casa.

Ella se puso a nombrar a Airam y frente de su foto en el cuadro que tengo colgado en la pared con su hermanito en brazos le decía que lo quería mucho y que él lo iba a proteger y cuidar... mientras repetidas veces le daban besitos con las manos.

Luego ella se acerca al cambiador que está en esa misma habitación y se pone a cambiarle el pañal a Abián.

Y de manera repentina siente como una mano le toca en el hombro, no era nada pesa-

da..., algo ligera como una mano de pequeñas dimensiones.

Su reacción fue de susto... de nervios... de desconcierto y siente miedo... se gira de manera rápida y suelta un grito..., e incluso en ese momento le dan ganas de llorar... Abían la mira atentamente... extrañado sin saber que pasa... pero a él si se le ve tranquilo” (2013).

“Esto es imposible”, “no puede ser real” y es verdad que esta historia puede parecer más insólita que la propia realidad y es justo que reprochéis incluso, tal como dice Milan Kundera que el hombre está ciego a las casualidades de la vida, porque estas coincidencias únicas nos hacen conscientes una y otra vez de la belleza, el orden y la conexión de las historias que vivimos.

Los orientales creen que no existen los hechos aislados en el tiempo, sino que todo ocurre a la vez y está interconectado con algún tipo de vínculo invisible pero real. Los hechos sincrónicos subyacen en lo más profundo de nuestra existencia y lo son porque los dotamos de significado; en esta vida reglamentada en la que no tiene sentido para nosotros lo desechamos de inmediato. La “realidad”, lo tangible y sus leyes físicas inmutables nos arrastran a una vida mecánica y monótona, apartándonos de nuestros sueños y de paso tachándolos de imposibles.

La clave para interpretar, dar sentido y significado a los hechos sincrónicos que sutilmente nos guían, dejándonos mensajes, radica en la capacidad de nuestro cerebro de ser capaz de relacionar lo aleatorio con aquello que no tiene explicación causal, como las casualidades. Y vemos como son tan abundantes que ni les prestamos atención, considerándolas en ocasiones caprichos de la naturaleza, anécdotas existenciales, fallos del sistema que en definitiva no sirven para nada.

Con la marcha de Enzo, se fue también la fe de Fátima. Pero la recuperó el día en que ella y su marido Felipe comenzaron a asistir al grupo de apoyo tal como relata en el siguiente texto:

“Allí conocimos a Yurena, ella había perdido a su niña con dos añitos el 21 de septiembre por una meningitis fulminante (ocho días antes que Enzo), también era su primer día y al igual que nosotros sacó fuerzas de donde pudo y nos contó su experiencia. A todos se nos pusieron los pelos de punta, cuando nos dijo, que su niña antes de irse le dijera – No te preocupes mami que yo estoy bien y me ha venido a buscar un hombre mayor y con barba como el abuelo. A partir de ese momento recuperé mi Fe ya que comprendí que mi niño no estaba SOLO que se había quedado en buenas manos.”

En realidad, conectamos con el inconsciente sin darnos cuenta, y establecemos esta sintonía de manera subconsciente. Nuestro cerebro establece relaciones continuas mediante lo que pensamos, deseamos, soñamos, imaginamos, sentimos, etc., con eso que llamamos realidad, la parte visible y consciente de nuestra existencia, pero eso no quiere decir que no existan otras partes. Al dejar pasar de largo los acontecimientos sincrónicos, que funcionan a modo de bisagra entre lo material e inmaterial, perdemos la oportunidad de entender y dar sentido a nuestras acciones de manera más eficaz y conforme a una naturaleza que a priori parece ser más íntima.

En muchas ocasiones es como si hubiese una conexión entre padres e hijos, o entre padres, como si se generan grados extremadamente sutiles de orden y simetría en los grupos y su proyección la extrapolan a la naturaleza.

Ana, tras una visita al cementerio, un año después del fallecimiento de su hija, y tras quedarse encerrada en el mismo más de una hora, antes de lograr salir, al llegar al coche, revivió

la presencia de su hija, pues el coche olía a ella y, al sentarse en su asiento, fue testigo de cómo los seguros de las puertas estuvieron subiendo y bajando durante unos minutos, como si su hija le estuviese diciéndole “estoy contigo”.

Ana nos comenta la explicación que da a lo sucedido:

“A veces pienso que no hay una verdad, sino muchas verdades, que lo que cada persona siente y crea es. Después de la muerte [de mi hija], yo pienso también que no es una realidad [la muerte], que es subjetiva. Que el que piensa que se consume y no lo va a ver más, no lo ve. Y el que piensa que lo va a ver, lo ve.”

Yayi nos refirió, cómo sintió, vio y vivió por dos veces la presencia de su hijo fallecido:

“Mi hijo nunca estuvo en esta casa... Siempre veía entrar una sombra blanca a mi cuarto. Una sombra bajita... y yo la veía entrar [...]. Yo no lo pensaba, lo sentía y lo vivía” [...]

Cogí las cenizas [de mi hijo] en las manos, y me sentí un poco mareada y cuando las tenía así (mirando sus manos como si las tuviera en ellas), pasó la sombra. Empecé a buscarlo, pero no estaba. Fue porque tenía que verlo de nuevo, para decirme que está aquí” (Yayi, 2009).

Lydia y Luis que perdieron dos hijos Ángel y Gabriel nos acercan algunos fragmentos de los que ellos denominan “anécdotas” y en los que la naturaleza nos trae sentido a lo que acontece, y en los que el sentido a modo de obstinación ofrece significados oportunos:

“La noche del fallecimiento del Gabriel al mirar al cielo me percaté de que la luna estaba rodeada por un gigantesco halo blanco, y al momento me acorde de la frase de ‘Abdu’l-Bahá que habla de la condición en la siguiente vida de los niños que han fallecido: “son los centros de la manifestación de la munificencia y el Ojo de la

Compasión se volverá hacia ellos”, ¡Qué maravilla! La Luna esa noche se convirtió físicamente en un ‘precioso centro de munificencia’ y en un ‘gran y maravilloso ojo.’”

Los nombres de sus hijos Ángel y Gabriel, a su abuela siempre le dio la sensación de que eran nombres del cielo, “tuve como un presentimiento de que esos niños eran para el cielo, como una cosa rara, que me dio como un cierto temor, pero no miedo, si no como que podría pasarles algo”.

Los números tienen un fundamento arquetípico, como un arquetipo de orden que se ha hecho consciente, que se comportan como entidades autónomas que contienen algo más que cantidades, al estar dotados de cualidades, que pueden estar incluso por descubrir.

Sirva de ejemplo de los números, lo que nos cuenta Lydia a continuación y que relaciona las fechas de nacimiento de sus hijos, el 1 de octubre y de fallecimiento de Gabriel (9 de octubre) y Ángel (11 de noviembre):

“El 9 de octubre las “Manos de la Causa” enviaron un cablegrama al mundo bahá’í anunciando con regocijo el haber podido lograr una de los difíciles e importantes metas de la Cruzada Mundial del Guardián, porque han movido después de un lapsus de más de 100 años los restos de Mirza Buzurg (padre de Bahá’u’lláh), y lo han re-enterrado en el cementerio Bahá’í en la vecindad de la Más Grande Casa (Custodians, Ministry of the Custodians, p. 165).

Gabriel nació el 1 de octubre y falleció el 9 de octubre: La comunidad bahá’í de las Islas Canarias fue inscrita un 9 de octubre en el registro de entidades religiosas del Ministerio de Justicia.

Ángel fue inhumado el día del nacimiento de Bahá’u’lláh, el 12 de noviembre.

Ángel nació el 1 de octubre y falleció el “11”: Su abuela paterna nos comentó que el 11 es un número gemelar, 1 y 1, como ellos.”



También se dieron unos encuentros que difícilmente se hubiesen propiciado de no haber razones más allá del entendimiento que las facilitaron, en palabras de Lydia:

“Mi hermano Rafael (el único de mis dos hermanos que por su lejanía de residencia casi nunca veo), gracias a Dios pudo venir durante estos difíciles momentos antes de que falleciera mi segundo hijo, ya que “casualmente” el portaaviones “Príncipe de Asturias” hizo escala en Canarias, cosa bastante inusual, y menos que coincidiera con un momento en que más necesitaba tener a mi hermano a mi lado.”

O acontecimientos que incluso trascendieron más allá de las personas implicadas directamente en el acontecimiento. A modo de un beneficio in distans a otras personas.

“El lunes día 12 de febrero llamé al marmolista que estaba realizando la lápida de los niños, habíamos quedado que iban a trabajar en ella el domingo (se habían retrasado mucho con el trabajo) pero no me llamó. Cuando le pregunté qué había pasado me comentó lo siguiente: “Lidia, ¿te enteraste de los chicos que fallecieron el domingo en la galería de agua?, pues uno de ellos era el hermano del chico que te iba a grabar la lápida, él no fue a esa excursión porque tenía que grabarte el sepulcrito, por

eso no lo hemos hecho”. Yo sentí un escalofrío en mi cuerpo, mis niños seguían influyendo en esta vida, habían salvado una vida...”

Como si la vida se tratase de una cadena de causas y efectos, o una serie de eslabones, en que cada uno está firmemente unido con sus dos vecinos y hace que la cadena se extienda en ambas direcciones. De modo, que cada suceso del universo está conectado con otro suceso que lo precede y con otro que viene detrás de él. Desde la dificultad de captar como opera esta unión.

Jung (1988) definió la conexión de eventos causales dentro de un periodo de tiempo específico. Es decir que en un determinado momento o espacio de tiempo, ciertos eventos o situaciones tienden a ser más propensos a suceder. De hecho, existen eventos y acciones que disparan “mecanismos” del universo, que a su vez producen otros eventos o sucesos, que resultan desastrosos para unos y favorables para otros. No todos los eventos sincrónicos son favorables.

En ocasiones las historias que construyen algunos padres hablan como si se tratará de un plan ya escrito. Un descubrimiento de algo que ya estaba planteado previamente. Como si existiera un saber, un conocimiento en nuestro interior que nos conecta con un inconsciente colectivo cuando lo necesitamos. Y de un modo casi milagroso cuando necesitamos una señal aparece en el momento justo como si de un regalo se tratase.

No es casual que la luz entre, el arco iris se muestre, la mariposa se pose en nuestra mano, el pájaro cante o que suene una determinada canción o incluso, que la vela se agote. En muchas de estas ocasiones quienes seguimos unidos con nuestros seres queridos nos preguntamos si lo que nos sucede tiene algún sentido de conexión y de significado en relación a él.

Miguel tras el fallecimiento de su hijo nos cuenta:

“Fuerteventura, por la mañana la carrerita de rigor, que bonito correr por la playa pero que pena no poder correr contigo, aunque en un momento te sentí, luego hablando con un cliente salió el tema y me emocione, que causalidad pero al terminar la carrera la última canción, la de Dani Martín dedicada a su hermana pequeña muerta y, en el negocio de la cliente se puso sola la misma canción, me está queriendo decir algo.” (Miguel, 2011).

La sincronicidad requiere de un ser humano, pues es una experiencia subjetiva en la que la persona otorga un sentido a la coincidencia. El sentido diferencia la sincronicidad del acontecimiento sincrónico cual acontecimientos simultáneos, que suceden en el mismo momento, en una forma temporal subjetiva y en ella la persona vincula los dos acontecimientos, no siendo necesario que éstos ocurran simultáneamente, si bien sucede así con frecuencia a modo de encuentros significativos.

También hay sincronidades que parecen existir sólo interiormente y que no tienen manifestaciones físicas significativas. Éstas podrían implicar, por ejemplo, patrones acausales de sueños, recuerdos, pensamientos, símbolos y percepciones y podrían expresarse como coincidencias o agrupamientos entre distintas personas.

Jung califica la sincronicidad de varias maneras: “la coincidencia en el tiempo de dos o más sucesos no relacionados causalmente, que tienen el mismo significado o un significado, parecido”, “actos creativos” y “paralelismos acausales”. También escribió que “las coincidencias significativas no pueden concebirse como la pura casualidad, cuanto más se multiplican y cuanto mayor y más precisa es la correspondencia... ya no pueden considerarse

pura casualidad, sino que, por falta de una explicación causal, deben considerarse combinaciones significativas”.

La construcción de estructuras, con imaginación, textos, luces y flores construyen una estructura sensorial y semiótica que hace posible “ver” lo invisible y hacer visible lo intangible. La vida de quien partió de ese lugar hacia no se sabe dónde, pero que sigue presente más allá de los altares de carretera, fruto de un accidente mortal, o los espacios inamovibles, cual altares, de los domicilios. Ello nos obliga a definir qué es lo invisible, que inicialmente deriva de aquellos objetos incapaces de reflejar la luz o cuyo reflejo está por debajo de nuestro espectro perceptivo. En tal sentido, decimos que el aire es invisible y que el alma de nuestros seres queridos o Dios también lo son. Pero, así mismo, decimos que un objeto es invisible porque está oculto por otro objeto, en cuyo caso podríamos, más apropiadamente, referirnos al primer objeto como “no visible” en lugar de “invisible”; y que está en un contexto carente de luz.

Dar luz a modo de señales a las vidas de quienes siguen estando conectados con sus seres queridos, es articular un espectro continuo entre lo visible y lo invisible, insertar el conocimiento de lo que acontece para crear nuevos espacios de la visibilidad que, de hecho, superan lo físico-perceptivo. Gracias a esa búsqueda de lo que El Principito llama “lo esencial”, lo que sólo se puede ver, según sus palabras, “con el corazón”, lo invisible que puja por apropiarse, de un modo u otro, pues ha sido excluido de los espacios de lo visible.

No hacerlo, es boicotarnos a nosotros mismos, distorsionar los mensajes y las pistas dándoles sentido con nuestro cerebro más racional, con el pensamiento causal que es el que siempre llevamos conectado y que nos lleva a

la senda del determinismo a la que nos encontramos encadenados. De hecho, los lectores ubicados en esta posición pueden dudar de la veracidad de las experiencias que narramos o pasar por alto el significado que tuvieron para las personas involucradas en las mismas. Cómo ya hemos citado, no hay nada más fácil que desestimar la experiencia sincronística de los demás.

Somos conscientes de que, al preguntarnos sobre el significado de la muerte y el duelo, la lógica y lo racional no sirven de mucho, pues diríamos que es una aporía. Si dejamos la pregunta en suspenso, podemos usar el caos que está a nuestra disposición para reordenarlo de la manera que más nos beneficie y a ello puede ayudarnos el azar conectándonos hacia un Universo que crece y se expande, de manera que entendamos, tal como dice el budismo que “la muerte no es consecuencia de la vida, sino que la vida es consecuencia de la muerte”. El juego de la vida, vivir, no tiene premio al final, sino que la vida misma es el premio. Por ello que hemos de vivir la vida de la mejor manera posible mientras dure, construir nuestro futuro sobre la marcha, alcanzar el tipo de vida que nos hemos propuesto y construir nuestro Paraíso en la tierra.

Pero el azar nos asusta en ocasiones y lo negamos acogiéndonos a reglas, a estructuras sólidas, aunque nos coarten nuestra vida y la capacidad de reacción, mediante normas morales de comportamiento, reglamentaciones del libre albedrío humano, etc. Y nos enseña que hemos de aprender a pensar de otro modo, que hemos de aprender a pensar de un modo sincrónico, un modo más cercano al entendimiento de cómo funciona el Universo que nos rodea y que nos posibilita un entendimiento más certero y una elección más holística y congruente de lo que nos acontece o hemos de decidir.

Como dijo Carl Jung “podemos soportar mucho dolor, mucho más del que podemos merecer o del que podemos considerarnos capaces de soportar; no obstante, no hay mayor dolor que tener una vida sin sentido”. Si la vida no tiene sentido, hemos de dárselo nosotros y las señales nos ayudan a ello de los recuerdos.

BIBLIOGRAFÍA

- Field, N. P.; Gao, B. I.; Paderna, L. (2005). Continuing bonds in bereavement: An attachment theory based perspective. *Death studies*, 29, 277-299.
- García, A. M. (2007). La pérdida de un hijo y la búsqueda de significado: Reescribiendo historias de pérdida y de dolor. En W. Astudillo, A. Ispizua, A. Orbegozo (Eds.), *Acompañamiento en el duelo y Medicina Paliativa*, pp. 133-156. San Sebastián: Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos.
- García, A. M. (2008). Continuidad de lazos entre madres y padres y sus hijos fallecidos. Experiencia con padres participantes en un grupo de duelo. *Revista de Enfermería ENE*, 3, 34-44.
- García, A. M. (2010). *Vivir el duelo. La experiencia de perder un hijo*. Tenerife: Ediciones Idea.
- García, A. M. (2011). Repertorios de objetos evocadores de recuerdos en padres y madres que perdieron hijos. *Revista Atlántida*, 3, 35-51.
- García, A. M. (2012). *La pérdida y el duelo. Una experiencia compartida*. España: Editor Bubok Publishing S. L.
- García, A. M. (2013). *El duelo. Un espacio intermedio de aprendizaje en la vida*. España: Editor Bubok Publishing S. L.
- Jung, C. G. (1988). *Sincronicidad*. Málaga: Editorial Sirio.
- Kundera, M. (1985). *La insoportable levedad del ser*. Barcelona: Tusquets Editores S. A.
- Peat, F. D. (2007). *Sincronicidad. Puente entre mente y materia*. Barcelona: Kairós.